

llama para consolaros en vuestras aficciones y aliviaros en vuestras fatigas. Solo os pide el corazon; es decir, que le ameis sobre todas las cosas; que confeseis con dolor vuestros pecados; que os enmendeis; que tengais caridad con vuestros hermanos. Vuestros delitos en esta hipótesi serán perdonados: sereis adornados con la estola de la gracia: los ángeles y bienaventurados mirarán desde el cielo con el mayor júbilo vuestra conversion, y Dios revelará hoy su gloria en el templo de vuestras almas. Arrojaos pues á los pies de Jesucristo, y decidle con espíritu de compuncion: Señor mio Jesucristo &c.



SERMON IV

VESPERTINO

Ó DE MISION,

predicado en el convento de S. Antonio Abad, año 1802.

Sobre el Juicio final.

Cum venerit Filius hominis, sedebit super sedem majestatis suæ, et congregabuntur ante eum omnes gentes. Matth. xxv.

SEÑORES:

¡Qué diferencia tan notable nos presentan las santas escrituras, dice un sabio, entre la primera y úl-

Tom. IX.

H

tima venida del Unigénito de Dios al mundo! En la primera vino á salvar los pecadores, y en la segunda vendrá á perderlos para siempre. En la primera vino á traer la paz al universo, y en la segunda vendrá á llenarlo de espanto y de terror. En la primera vino á cumplir la ley, y á encender sobre la tierra el fuego de su inmensa caridad; y en la segunda vendrá á castigar á los prevaricadores de su ley, y á destinarlos para siempre á un fuego inextinguible.

¿Qué mas? El dia de su nati-
dad en carne mortal fue un dia
de salud y de alegría para toda la
tierra; pero el dia de su última ve-
nida será un dia de tribulacion y
de calamidad, de miseria, de ven-
ganza, de ira y de tinieblas; de
una vez, el gran dia, el dia terri-
ble del Señor. Cuando vino la pri-
mera vez al mundo, apareció en
un establo, vivió en obscuridad, y

en traje de pecador, como si fue-
se uno de ellos. El esplendor de
la gloria del Padre solo dexó en-
trever algunos rayos de su divina
claridad, algunos reflejos de su
inefable gloria; y el que es mas
elevado que los cielos vino al es-
tado de la mayor humillacion. Mas
en su última venida aparecerá so-
bre las nubes con todo el aparato
de su poder y magestad, teniendo
congregadas á sus pies todas las na-
ciones del universo para ejercer
sobre ellas su juicio: *cum venerit
Filius hominis, sedebit super sedem
majestatis suæ, et congregabuntur
ante eum omnes gentes.*

De este juicio formidable que el
Príncipe de los apóstoles anunciaba
á Israel cuando tenian aún sus ma-
nos teñidas en la preciosa sangre
del Unigénito de Dios: de esta ter-
rible venida, que predicaba S. Pa-
blo en el areópago á presencia de
los mayores sabios de Grecia; de

este juicio en fin, cuya sola consideracion hacia temblar al Rey Profeta sobre el trono, y al incestuoso Feliz en su tribunal mismo: cuya meditacion pobló los áridos desiertos de la Tebayda; hizo estremecerse á los Agustinos en el seno de sus deleites, y aun á los Gerónimos, Macarios y Arsenios penitentes entre las cavidades de las peñas; de esta verdad terrible os vengo á hablar en esta hora.

Yo ¡ó mi Dios! no tengo el zelo ni la elocuencia de S. Pablo para tratar con energía estas verdades formidables; pero hablo en vuestra presencia, y á un pueblo cristiano, mas convencido sin duda que el impio Feliz de vuestros inefables juicios. ¡Mas ah! confieso, señores, vuestra mayor fidelidad en la especulacion; pero temo mucho sea tambien mayor vuestra indocilidad en la práctica. Pablo, no me hables por ahora de este juicio ter-

rible, decia Feliz al Apóstol de las gentes. ¿Y no es este, os ruego, el idioma de los mundanos? ¿Á qué fin, dicen, estos discursos lúgubres, estas fulminantes verdades de las escrituras? ¿De qué otra cosa sirven estas formidables ideas, que de turbar á los justos, de intimidar á los flacos, y desesperar al pecador?

¿Mas haré yo, Señor, haré traicion á vuestra divina palabra, por adular y lisonjear la delicadeza humana, y no turbar la falsa paz del pecador? No, hermanos míos, no quiera Dios que por agradar á los hombres sea yo infiel al ministerio de legado de Jesucristo. En su nombre pues vengo á anunciaros hoy su terrible juicio, este poderoso correctivo del pecador, cuya definicion nos trazó el santo profeta Isaias, llamándolos *dia del Señor, y dia del hombre*. Dia del Señor, porque en él aparecerá como es en sí; dia del hombre, porque en él apareceremos

tales cuales somos. En dos palabras; Jesucristo nos hará conocer, que sin dexar de ser Hombre, es Dios y Juez supremo; primera reflexión. Jesucristo á presencia de todo el mundo nos hará conocer lo que somos; segunda reflexión. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de María santísima. Saludémosla humildes con el ángel del Señor. *AVE MARIA.*

Cum venerit &c.

Mientras vivimos sobre la tierra solo conoce el hombre á Dios como en enigma; ni puede verle sino como al traves de las nubes de los sentidos, y de los velos de la fe. Mas en el dia terrible del juicio, quitado el velo, y disipada la obscuridad, hará el Hijo del hombre manifestacion de su infinito poder

y de su inefable providencia. Reflexionemos sobre estas dos verdades.

En órden á la primera ¿qué otra prueba es necesaria que el trastorno general del universo que ha de preceder á la terrible escena de la última venida del Juez de vivos y muertos? Para formar justa idea de tan terrible catástrofe bastará presentaros su breve descripcion, tomada de las santas escrituras; pues si Dios mas de una vez ha manifestado en ellas las grandes calamidades por los presagios de su cólera sobre su pueblo, ¿qué será cuando trata de anunciaros la consumacion de los siglos? ¿qué será cuando nuestros delitos han llegado á colmar la medida de su cólera? ¿cuando el universo va á llegar al término de su eterna ruina? ¿cuando finalmente sea venido el tiempo de juzgar vivos y muertos? ¿Qué inauditas revoluciones! ¿qué espan-

tosas señales! ¡qué terribles castigos no deben preceder y acompañar á la venida última del Juez supremo!

El trastorno de la razon humana vendrá, señores, á ser el precursor del de la naturaleza toda, y las primeras nubes de las tinieblas, que deben cubrir la faz del universo, obscurecerán la verdad. ¡Espíritu de error y de mentira! ¡espíritu de irreligion y de blasfemia! ¡espíritu de porfia y de discordia! vosotros sereis los funestos precursores de las últimas calamidades. Se suscitarán; dice un sabio, disputas porfiadas, que no tanto serán discusiones pacíficas, dirigidas á buscar la verdad, quanto vanos sofismas, y paralogismos ordenados á obscurecerla. La pasion cegará al entendimiento, empeñará los ánimos, y los encenderá hasta tocar en el furor. El choque de los partidos contrarios producirá revoluciones,

persecuciones y cismas. Estas disensiones rasgarán el seno de la Iglesia, y trastornarán los imperios. ¡Incendio temible que abrasará al universo!

¿Cuál os parece, señores, será el resultado de estas querellas odiosas, de estas guerras intestinas? La disminucion de la fe, el abatimiento de la religion, la corrupcion de las costumbres, los escándalos, las traiciones, los odios implacables. La caridad, alma y nervio, para decirlo asi, del cristianismo, vendrá casi enteramente á extinguirse en este tiempo de iniquidad, de abominacion y desolacion. Abundarán los impostores, que entregados á la dura esclavitud de sus pasiones, engañarán á los pueblos con todo género de artificios.

¿Qué mas? "La tierra antes de perecer, es necesario vea al hombre del pecado, este hijo de perdicion, que orgullosamente rebelado contra

todo lo que lleva el nombre de Dios, pretenderá arrogarse el culto y adoración debida únicamente al Señor. El Antecristo, este monstruo educado en la escuela del demonio, después de recibir homenajes de todos aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro del Cordero, hará la mas cruda guerra á los santos, seducirá con artificios, triunfará de casi todo el mundo, invadirá los tronos, osará en fin sentarse en el templo del Señor, como si fuera el mismo Dios. Jamas ha habido ni habrá igual tribulación á la que sufrirá la Iglesia en el fin de los siglos."

A la persecucion de la religion y trastorno de la razon humana debe seguir el de la sociedad. ¡Ó adorable omnipotencia de mi Dios! Yo, Señor, oigo la voz del ángel, que dice al hijo del hombre: el tiempo de la cosecha es llegado: arroja la hoz sobre la tierra; y al punto veo

al universo entregado á los horrores de la peste, de la hambre, de la guerra, y demas plagas de la humanidad.

Mas todo esto es principio aún de la calamidad. El aparato del juicio apenas ha comenzado. "El Cordero no ha abierto mas que los primeros sellos de su libro misterioso, y el Señor solo ha sacrificado las primeras víctimas de su cólera. Es necesario que al abrir el séptimo sello salgan siete ángeles con fatales trompetas, y que sucesivamente las hagan resonar hasta las extremidades de la tierra. Es necesario que al son de estos terribles instrumentos perezca una gran parte de todo lo que vegeta sobre la tierra, y de lo que nada en los mares y en los rios. Es necesario que los astros se extingan en gran parte, y que abierto el pozo del abismo, vomite entre torrentes de humo los monstruos que atormentan á los im-

pios. Es necesario que al ruido de la sexta trompeta sea exterminada una parte de los vivientes, y que un ángel enviado del cielo para anunciar á los restantes el fin de los siglos, ponga un pie sobre la tierra y otro sobre el mar, y que rugiendo á manera de un espantoso leon, jure por el Criador del cielo, de la tierra y de los mares, que el tiempo es ya acabado, y que al momento en que se oiga sonar la séptima trompeta el misterio del Hombre Dios acabará de consumarse.”

Mas estos aún son ensayos de la trágica escena del juicio. ¡Temblad, mortales! El brazo del Todopoderoso añadirá á este aparato terrible nuevos horrores y castigos, ordenando, para consumir sus venganzas, que “siete ángeles derramen de un golpe sobre la tierra los siete vasos de su cólera. ¡Qué terribles son, ó mi Dios, vuestros juicios, qué de mortales plagas no

vendrán en aquel momento sobre los adoradores de la bestia, qué de aguas mudadas instantáneamente en sangre infecta y corrompida, qué de calores insufribles, qué de relámpagos devoradores, qué truenos tan espantosos, qué granizos tan enormes, qué de islas, qué de montañas sepultadas, qué de terremotos inauditos! Los astros obscurecidos solo ofrecerán, dice un sabio, una faz sangrienta, y agitado el mar por horribles tempestades, levantará de todas partes montañas de sangre, arrojando el terror en todos los corazones por el choque y bramido de sus olas.”

Entonces ¡ah señores! entonces será exáltado Jesucristo, segun la expresion de un profeta; y sentado con magestad sobre las nubes del cielo, arrojará sobre el universo una de aquellas miradas imperiosas, que haga marchar la muerte delante de sus ojos, y que derrita

las montañas como la cera á presencia del fuego. De su rostro (avivad aquí vuestra fe), de su rostro saldrán rios de fuego y torrentes de llamas, que incendiarán la tierra en un momento, dexando al universo reducido á pavesas. ¡Qué general desolacion, señores! riquezas, honores, ciencias, talentos, reputacion, belleza, nobleza, títulos en el fondo vanos, que poneis entre los mortales frívolas diferencias, vosotros sois pasados; el mundo ya no existe; Dios lo ha sacrificado á su justicia.

Mas suponiendo por un instante que sobrevivo á este trastorno general de la naturaleza, acercándome á estos tristes despojos, que aún humean, y tomando un puñado de las cenizas que de todas partes me rodean, me pregunto á mi mismo: ¿son por ventura estos vestigios del centro de los monarcas, ó del cayado de los pastores? Todo enmudece; ó

por mejor decir, las cenizas mismas parecen reanimarse para responderme con Job: *parvus, et magnus ibi sunt: servus, et liber.* Aquí estan los poderosos y los pobres, los señores y los esclavos, los sabios y los ignorantes, los soberanos y los vasallos; todo está confundido, y solo Dios será exáltado: *exaltabitur Dominus solus in die illa.*

¿Pero qué oigo? ¿qué voz magestuosa es esta que penetra los abismos, que abre los sepulcros, y que hasta lo profundo de los mares hace resonar estas terribles palabras: levantaos, muertos, y venid al juicio, *surgite, mortui, venite ad judicium?* ¡Ó Dios, qué poderoso sois en vuestras obras, qué irresistible en vuestros decretos! La tierra arroja al punto sus cadáveres; el infierno vomita sus víctimas; el cielo da sus santos; los huesos se aproximan; las carnes se reunen; los miembros se ligan; las almas vuelven á animar

• los cuerpos; congréganse todas las naciones de los cuatro vientos, y aparecen las mismas que han existido sobre la tierra: el terror y el espanto se aumentan. Jesucristo lleno de magestad aparece sobre una nube como sobre el carro de su triunfo. La luz le rodea; los ángeles le acompañan; pero los relámpagos y truenos formidables le preceden y le siguen. Baxad, mortales, los ojos, doblad vuestras rodillas, humíllese toda grandeza, aniquílese toda carne, confúndase todo espíritu; y confiese de buena fé que solo Dios es grande: *exaltabitur Dominus solus in illa die.*

Estas, señores, no solo son verdades apoyadas en la santa escritura, sino fundadas tambien en la razon misma; porque si el juicio es debido al poder de Jesucristo, que el mundano y libertino osa desconocer, es igualmente debido á su providencia, que se atreve á negar el

materialista y maniquéo. Seguidme atentos.

Si conducidos por solo el testimonio de los sentidos considerásemos la extraña confusion que en el mundo reina, y el modo de pensar de los hijos del siglo, juzgaríamos á primera vista, que olvidado el Señor de su providencia, ni atendia á los pecadores ni á los justos, viendo exáltados á aquellos, y á estos oprimidos. Reflexemos brevemente sobre estos aparentes escándalos, que tanto han exercitado el ingenio, no solo de los filósofos, sino aun de los santos mas sublimes, y cuyo misterio tiene Dios reservado para el dia de su juicio, en que acreditará su providencia sabia, equitativa y justa.

Oigamos al Real Profeta hablar sobre la materia. Yo los he visto, dice, al considerar la prosperidad del pecador, yo los he visto en el seno de la paz gozar á su placer

de las dulzuras de la abundancia, exentos de las calamidades que padecen los demás hombres. No sufren otro trabajo que el de la elección de placeres; tan triunfantes en sus proyectos, como embriagados de su fortuna. Yo los he visto entregarse á los excesos de la gula, y al monstruoso sistema de la impiedad. Seducidos sus entendimientos por un corazón libertino y dissipado, los he visto entregados á pensamientos de incredulidad, y á estas mesas voluptuosas, donde en medio de la embriaguez, la profusion y el lujo, profieren insignes blasfemias contra Dios... Estos discursos, sigue el Profeta Rey, me han hecho casi vacilar, y mis pies temblando, me ha faltado poco para caer en la tentación, y desviarme de la verdad.

¿Mas qué, concluye este Profeta, de un tal aparente desorden? La necesidad del juicio uni-

versal. ¡Señor! continúa, para dissipar estas nubes que ofuscan mi razón, me ha sido forzoso recurrir á vos, y entrar en vuestro santuario, donde me habeis hecho conocer claramente el desgraciado fin de estos hombres, tan felices y tan poco dignos de serlo. Yo los he visto pálidos, temblando, y consternados á los pies de vuestro trono, acusar las riquezas de su infelicidad, lamentarse de su prosperidad, y gemir de su abundancia. Yo los he visto.... ¿Y parará en esto la trágica escena? ¿No manifestará el Señor también la rectitud de su providencia en orden á los justos?

Vosotros no ignorais, señores, que estos han sufrido tres suertes de injusticia sobre la tierra. Ha sido despreciada la humildad con que han ocultado su virtud. Esta ha sido infamada por la malicia de sus enemigos; y el orgullo de los mundanos los ha tratado como á locos,

supersticiosos y fanáticos. Es pues necesaria una asamblea general, donde haga Dios conocer el mérito de sus escogidos.

¡Almas justas, de quienes el mundo no era digno, que huyendo de sus lazos, de sus pompas y vanidades, volasteis á la soledad, donde habla Dios al corazón! ¡almas generosas, que desprendidas de todo lo terreno, y fixas en la adorable imagen de Jesucristo, emprendisteis un género de vida austera, mortificada, penitente, para estar á cubierto de los asaltos de la concupiscencia y rebelion de las pasiones! ¡almas fieles, que por conservar el sagrado depósito de la fe de vuestros padres y mayores, sufristeis en vuestros miembros la mortificacion de Jesucristo, hasta dar con vuestra sangre ilustre testimonio de su divinidad y verdadera doctrina! ¡almas felices, cuyas acciones fueron siempre dirigidas á

la mayor honra de Dios y bien de vuestros hermanos! ¡almas piadosas, aplicadas al santuario, para clamar entre el vestíbulo y el altar por los pecados del pueblo! ¡almas bienaventuradas, que por la justicia habeis padecido persecuciones, desprecios y calumnias! consolaos ya, porque vuestra felicidad se acerca.

La hora es venida en que el Señor disipará las tinieblas que obscurecian vuestra reputacion á los ojos de los mortales; manifestará vuestra justicia, el mérito de vuestras buenas obras, y las eternas recompensas que en su divina aceptacion os son debidas. ¡Con qué dulce placer no vais ahora á experimentar en alma y cuerpo la verdad infalible de aquella sentencia de vuestro Salvador; á saber, que todos los que quieran vivir en la piedad con Cristo, deben padecer la persecucion; y que si le